

todas las tradiciones del pasado, suprimió los establecimientos religiosos y dispersó la santa legión de los evangelistas de los pobres. Arrasó, en una palabra, todo lo que había existido. Quiso en seguida reorganizar, pero sólo empleó un despotismo ridículo y bárbaro. El Directorio no fué más feliz. Sus mismas escuelas centrales permanecieron desiertas. Demostróse entonces hasta la evidencia que la demagogia atea, tan poderosa para destruir, es completamente impotente para edificar; que sola la Iglesia, que tiene únicamente la misión de enseñar las naciones, puede crear, construir y conservar.

Francia, que antes de la Revolución contaba una innumerable multitud de Colegios y de Universidades florecientes, sólo tuvo Escuelas centrales sin discípulos, Facultades sin oyentes, Colegios comunistas vacíos, Liceos que pueblan solamente los pensionados del Estado, un solo Observatorio que no tiene todavía adherido su nombre á ningún gran conjunto de observaciones. Con el Imperio y la Restauración, las congregaciones religiosas de enseñanza han podido renacer. Ahora se han multiplicado en una proporción verdaderamente enorme. El *pauperes evangelicantur* se ha convertido de nuevo en una inmensa realidad. Y lo que hay más extraordinario es que los colegios del clero, las instituciones eclesiásticas, las escuelas preparatorias á las carreras públicas dirigidas por religiosos y sacerdotes, son superiores de mucho por el número, la distinción de los discípulos y los éxitos obtenidos en los concursos para la Escuela politecnica y para la Militar, los certificados de capacidad, las becas á las escuelas especiales, etc. Las Universidades católicas sólo están todavía en su principio, y todo anuncia ya que en derecho y medicina tendrán una concurrencia formidable para las Facultades del Estado. Probarán al menos que la ciencia más avanzada no inspira á la Iglesia terror alguno; que la Fe considera á la ciencia como una hermana querida, que tiene la misión de evangelizar en armonía perfecta con ella. También el ódio hace oír ruidos sordos lejanos

todavía, pero que se acercan más y más. Óyese la expresión de los rencores ulcerados y amenazadores que inspira lo poco de libertad concedida á la Iglesia, sobre todo para la enseñanza superior. Véese levantarse en ademán amenazador la bandera de la liga de enseñanza, el espectro de la instrucción gratuita, obligatoria y laica. Es siempre, y más encarnizado que jamás, el odio de Dios, á quien es preciso y á todo precio arrojar del corazón de los niños y sobre todo del corazón de los pobres. Lo que es más horrible es que este odio, que no puede simular amor á la ciencia y al progreso, pues que los resultados están en el campo opuesto, prepara, sin tratar de disimularlo, el castigo cruel de las sociedades que déjense gobernar locamente por una odiosa minoría. La religión se ha retirado ante las preocupaciones salvajes que la prohíben el ejercicio de su gran misión de evangelizar á los pobres. ¿Qué ha acontecido? Ved á todas las miserias, levantándose rugientes y libres de aquí en adelante del solo freno que las detenía consolándolas. Es la ola del pauperismo que, vanamente contenido por la ley, sube, sube todavía y amenaza la propiedad. La riqueza espantada dá el grito de alarma, la sociedad angustiada cúbrese la cabeza con un velo... ¿Dónde se detendrá la ola siempre bramadora? ¡Lo sabe Dios! Pero lo que nosotros sabemos, es que allá donde el catolicismo está en pié, y en que los pobres son evangelizados por él, la desesperación es un crimen. ¡Que la religión vuelva, pues! ¡Que avance, que plante su cruz ante las olas, que las diga: «Hasta aquí y no más lejos!» Y las olas irán á morir á sus piés, la esperanza renacerá y el mundo estará salvado.

*Capítulo duodécimo.—Octavo esplendor de la Fe.—Sereis aborrecidos de todos por mi nombre. (Math., X, 22.)—*Jesucristo estaba al principio de su vida pública. Recorría las ciudades y los pueblos, predicando el Evangelio, curando todas las enfermedades y dolencias. Viendo la multitud que le seguía, tuvo compasión de estas ovejas sin pastor,

y volviéndose hácia sus discípulos les dice: «La miés verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la miés, que envíe trabajadores á su campo.» Convocando en seguida á solas á los doce, despues de haberles dado poder de arrojar los demonios y curar todos los males, les dice: «Id y predicad que se acerca el reino de Dios. Yo os envío como ovejas en medio de lobos... Los hombres os harán comparecer en sus tribunales y os azotarán en sus Sinagogas..... Sereis llevados ante los gobernadores y los reyes á causa de mí... Y cuando os entregaren, no penseis cómo y qué habeis de hablar... El Espíritu de vuestro Padre os sugerirá lo que teneis que decir y hablará en vosotros... ¡Sereis aborrecidos de todos por mi nombre! No es el discípulo más que un maestro... Si llamaron Belzebú al Padre de familias, ¿cuánto más á sus domésticos? No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma...»

Es este el relato evangélico con toda su sencillez. Otra vez dice Jesucristo de nuevo á los doce: «Os entregarán á la tribulacion y á la muerte, y sereis aborrecidos de todas las gentes á causa de mi nombre (*Math. XXIV, 9*). Si el mundo os odia, sabed que he sido odiado antes de vosotros. Si hubieseis sido del mundo, el mundo os amaría, porque ama lo que es suyo. Pero, porque no sois del mundo, y os he escogido en medio del mundo, por esto el mundo os odia. No es más el servidor que su amo; me han perseguido á mí y os perseguirán á causa de mi nombre, porque no reconocen como su Dios al que me ha enviado.» Resumiendo la palabra del Maestro, san Pablo ha dicho: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecucion.» (2.^o *Epist. á Timoteo, c. III, 12.*)

¡Sereis por doquiera y siempre un objeto de odio, vosotros apóstoles y discípulos míos, sacerdotes y fieles servidores míos, vosotros á quienes envío y que sereis realmente corderos en medio de lobos! Ved el oráculo, pues, que se cumple todos los días; ved el milagro. ¡Corderos y odio! Asociación absurda, monstruosa y divina, sin embargo realidad

inmensa que ha llenado tambien el espacio y el tiempo! Es que se trata de un odio sobrenatural y divino por el que se ataca á Dios. Y pues que el objeto único de este odio implacable es el sacerdote y el fiel católico, apostólico, romano, con exclusion de todo otro, la Religion católica, apostólica, romana, es la sola Religion de Jesucristo; es ella sola divina.

En realidad, para todo lo que la misma Verdad ha llamado *el Mundo*, para todos aquellos que no doblan la rodilla ni ante Dios, ni ante Jesucristo; para todo lo que, por una consecuencia necesaria, está enteramente bajo el imperio del maligno espíritu, el sacerdote y el fiel católico son el objeto incesante de un odio concentrado. Que un ministro de una religion cualquiera, un morabito, un derviz, un bonzo, un lama, un ministro protestante, un pope, un mufti, etc., pase ante un grupo de libre-pensadores, el sentimiento que excitará será un sentimiento de curiosidad y de respeto. Que el que pase sea un sacerdote católico ó un hermano de las Escuelas cristianas, será el objeto de un odio contenido tal vez, pero mal disimulado. Esta es la historia del tiempo pasado y presente, esta será la historia del porvenir. «Sereis aborrecidos á causa de mi nombre y porque no han conocido á mi Padre que me ha enviado!» El discípulo de Jesucristo no ha sido solamente un objeto de odio, lo ha sido en las condiciones milagrosas y divinas que el Maestro enunciaba en estos términos: «Bienaventurados sereis cuando los hombres os maldigan, os persigan y digan falsamente toda clase de mal de vosotros. Rejociaos y saltad de alegría, porque así se ha tratado á los profetas que han sido antes de vosotros.» ¡El odio! el odio! ¡La alegría y la felicidad frente al odio! Esta es la profecía y esta es la historia.

I. El odio enciéndese antes que todo en el corazon de los judíos. Los Apóstoles comenzaban apenas á predicar á Jesucristo en Jerusalem, cuando los principes de los sacerdotes pusieron la mano sobre ellos y los arrastraron á

una prisión. Un ángel abrió las puertas de ella é hizoles salir. Enseñan de nuevo en el templo, los magistrados reaparecen al instante y los llevan ante el Consejo que, después de haberlos maltratado á golpes, los suelta prohibiéndoles, bajo las más severas penas, que hablen de nuevo de Jesucristo. Los Apóstoles salen del Consejo llenos de alegría por haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús. Estéban, uno de los primeros diaconos de la naciente Iglesia, jóven lleno de gracia é inteligencia, admira á los judíos con sus respuestas. El Espíritu Santo habla verdaderamente por su boca. Estremécense de rabia en su corazón y rechinan los dientes contra él. Arrástranle fuera de la ciudad y le apedrean, mientras oraba y decía: «Señor Jesús, recibe mi espíritu y no les imputes este crimen.» Es siempre el odio y la alegría en el odio lo que San Pablo celebra en estos términos más elocuentes todavía: «Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta latigazos ménos uno; he sido tres veces despedazado con varas. Peligros de parte de mi raza, peligros de parte de los Gentiles, peligros de parte de los falsos hermanos. Dios me ha ofrecido á mí, el último de los apóstoles, en espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres, como destinado á la muerte; vosotros, vosotros sois sabios, nosotros somos insensatos por causa de Cristo; vosotros sois fuertes, nosotros somos débiles; vosotros sois honrados, nosotros somos despreciados. Nosotros sufrimos hambre y sed; nuestro cuerpo es desnudado y azotado; no tenemos habitación estable; nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos. Se nos maldice y bendecimos; se nos persigue y perdonamos; se nos blasfema y oramos; nos hemos hecho como la *inmundicia* y *basura* del mundo arrojada por todos.» Lo que decía de sí San Pablo, lo decía de sus hermanos en la fé. «Los unos han sido torturados, los otros han sufrido las burlas, las varas y las prisiones, han sido apedreados, sujetos al tormento, han sido muertos, heridos por la cuchilla; han vagado por acá y allá vestidos de pieles de carnero ó de

cabra, en la necesidad, en la angustia, en la aflicción. ¡Ellos, de los que el mundo no es digno, veíanse reducidos á ocultarse en los desiertos, en las fragosidades de las montañas, en los antros y cavernas de la tierra! ¡Odio, inmundicia y basura del mundo era san Pablo; los primeros cristianos lo eran; los primeros cristianos de todos los lugares y de todos los siglos lo han sido! Nosotros, católicos romanos, debemos serlo, y lo somos por parte todavía de una multitud de lobos.

II. Del corazón de los judíos el odio pasó al corazón de los Romanos, y ejercióse por el martirio en proporciones evidentemente sobrenaturales y satánicas. ¡Neron, dice Tácito, hizo morir á hombres detestados que el vulgo llamaba cristianos, menos convictos de haber puesto fuego á Roma que de ser *odrados del género humano*. El exceso divino de este odio resalta en las siguientes circunstancias: 1.º *El número de los mártires*. Tácito los llama *una multitud*. Plinio el Jóven dice en su carta á Trajano, que si se continúa castigando á los cristianos, una infinidad de personas de toda edad, de todo sexo, de toda condición, se encontrarán en peligro de muerte, pues que se les denuncia en gran número. San Clemente de Roma afirma que san Pedro y san Pablo fueron seguidos de una gran multitud de elegidos que han sufrido los ultrajes y los tormentos, dándonos el ejemplo. ¡Muchos autores han valuado en diez y ocho millones el número de víctimas de las diez persecuciones generales de los emperadores romanos! 2.º *La calidad de las víctimas, inocentes y modelos de todas las virtudes*. Plinio afirmaba que no solamente no se les acusaba de crimen alguno, sino que ellos se obligaban por juramento á no cometer ni hurto ni adulterio, á no faltar á su palabra, á no negar el depósito confiado, etc. Estos eran niños adolescentes, jóvenes vírgenes, mujeres elevándose sobre las debilidades de su naturaleza, magistrados íntegros con los sujetos á su justicia, amos con sus esclavos, nobles y plebeyos, personajes ilustres y ciudadanos oscuros, de todas las naciones civilizadas y bár-

baras. 3.° *El motivo del odio y del martirio.* Los perseguidores han hecho á los cristianos un crimen, por no querer adorar á los dioses y sacrificar á lo ídolos, por estar obstinadamente adheridos á la nueva religion, por no consentir en abjurar la fé en Jesucristo. Maximiano quiere forzar á la legion Tebea á tomar parte en el solemne sacrificio que hace á los dioses antes de penetrar en las Gallias. Aquella rehusa hacerlo. Hácela diezmar dos veces, una despues de otra. Rehusa hacerlo de nuevo. Mauricio responde en nombre de sus compañeros de armas: «Nosotros confesamos á un Dios creador de todas las cosas y á Jesucristo su Hijo. Nosotros tenemos armas, pero no nos servirémos de ellas. Queremos mas bien morir inocentes que vivir culpables.» ¡Eran seis mil! Dejéronse degollar como corderos. 4.° *La multiplicidad y crueldad de los tormentos.* Tácito decia ya que se habian inventado contra los cristianos tormentos muy refinados, y cuya sola enumeracion hacia estremecer. Son estendidos sobre el potro, azotados con varas, degollados vivos, desgarradas sus carnes con ñas de hierro ó de bronce, consumidos por el fuego, clavados en la cruz, hechos pedazos y devorados por perros, osos y leones, cubiertos de planchas enrojecidas al fuego, sentados sobre sillas ardientes, sumergidos en aceite hirviendo, quemados á fuego lento, triturados bajo muebles, sumergidos en las olas, metidos desnudos en estanques helados, enterrados vivos, cortados en pedazos, empalados, decapitados por la cuchilla ó el hacha, etc., etc. Toda piedad hácia ellos es extinguida hasta en el corazon de las mujeres y de los niños, que son sus verdugos, en el corazon tambien de la multitud, á quien el suplicio de los mayores criminales conmueve casi siempre, y que aplaudian los tormentos de los cristianos con gritos de alegría. Aun la misma muerte no ponía á los mártires al abrigo de la rabia de los perseguidores; encarnizábanse sobre los mutilados restos de sus cuerpos; eran reducidos á cenizas que se arrojaban á los vientos. 5.° *La constancia de las víctimas.* No era este el fanatismo de los indios que se preci-

pitán bajo las ruedas del carro de sus dioses, de los peregrinos de la Meca que hácese pisotear por el caballo blanco del profeta, de las mujeres indias que déjanse quemar sobre los cuerpos de sus maridos. ¡Los mártires tenían calma! Cuando se les mandaba la apostasia, guardaban silencio. Pero cuando se les intimaba á que renegasen de Jesucristo, avanzaban firmes é invencibles. Jesucristo les habia prometido una sabiduria y una fortaleza de alma á las que sus enemigos no podrian resistir; confiando en esta promesa y no contando en sí mismos, preparábanse al combate por la penitencia, la oracion y el ayuno. El hecho es que esta constancia heroica ha sido concedida á todos los mártires, á vírgenes delicadas y tímidas, á tiernos niños que han vencido á sus verdugos con su energia modesta y calmosa. 6.° *Los frutos del martirio.* Frecuentemente conversiones extraordinarias, milagros brillantes han arrancado á los más incrédulos la confesion de que el heroismo del mártir venia del cielo. Pero el mayor de los prodigios es que el cristianismo no se haya ahogado en la sangre superabundantemente virgen, que al contrario la muerte, este principio de destruccion, haya multiplicado más y más el número de los cristianos, hasta el punto que la sangre de los mártires se haya convertido en semilla de generaciones nuevas de discípulos de Jesucristo, y que despues de tres siglos de terribles matanzas, el mundo se haya hecho cristiano.

III. Del corazon de los emperadores romanos, el odio ha pasado al de una multitud de otros perseguidores paganos, herejes, cismáticos, etc., etc.; los reyes de Persia, los de los godos y visigodos, los soberanos de China, Japon, Tonkin, Siam, Corea, Etiopia, etc. Los musulmanes, los emperadores de Alemania, los reyes de Inglaterra han odiado á su vez á la Iglesia de Jesucristo y hecho un gran número de mártires. No sólo un siglo, no sólo un año se ha visto correr la sangre de cristianos católicos. Para ellos el odio y el martirio son la regla general, mientras

que para todas las otras sectas cristianas son una muy rara excepcion. Cada cisma, cada herejía, trae consigo una nueva explosion de ódio y crueldad. Los arrianos, los valdenses, los albigenses, los calvinistas, los luteranos, los anglicanos, han ejercido las más crueles violencias contra los católicos. Han quemado iglesias, destruido monasterios, matado sacerdotes y religiosos, etc. Un corsario calvinista llamado Souris apodérase del navio que transporta al Brasil al padre Ignacio Azevedo con los veintinueve compañeros de su apostolado, y al instante los inmoló á los manes de Calvino.

IV. Del corazon de los corifeos del cisma y de la herejía, el ódio contra los católicos pasa al corazon de los filósofos del siglo XVIII y de Voltaire su jefe. Desbórdase, no en torrentes de sangre, sino en torrentes de blasfemias, sarcasmos, injurias, calumnias odiosas, mentiras descaradas, etc. Jesucristo, la santa Iglesia, los fieles, estos son el «Infame» que es preciso destruir á todo precio. El odioso patriarca de Ferney llegará hasta emitir el terrible voto de ver ahogar al último jesuita con las tripas del último de los reyes. «Qué lástima, exclama, que los filósofos no sean bastante numerosos, ni bastante zelosos para destruir por el hierro y el fuego á los enemigos del género humano y la secta abominable que ha producido tantos horrores.» Es de nuevo aquí el ódio, no humano, sino satánico, que imprime en la frente de la religion católica un carácter brillante de divinidad. Es más significativo todavía este ódio, cuando arrastra á Juana de Arco, la santa heroína, al lodo de un poema en que la obscenidad más inmunda rivaliza con la más execrable impiedad. Y este ódio, dividido entre una legion de cooperadores, ha inundado la capital y las provincias de libros perversos, al uso de todas las edades, de todos los sexos, de todas las condiciones. Han corrompido profundamente el espíritu público; han hecho de una nacion noble y generosa una sociedad incrédula, inmoral, interesada, sedienta de placer y de oro.

V. Del corazon de los filósofos, el ódio pasa al fin al corazon de los revolucionarios, que decretan sucesivamente la confiscacion de los bienes del clero, la constitucion civil de la Iglesia de Francia, la supresion de los votos monásticos, la deportacion de los sacerdotes no juramentados, las matanzas de 2 de setiembre en París, Versalles, Reims y otros puntos. Mandan las fiestas impúdicas de la diosa Razon, la solemne abjuracion de su sacerdocio á los presbiteros juramentados, la reforma del calendario cristiano, la supresion de las fiestas, el trabajo forzoso del domingo, la clausura de los templos, el derribo de las cruces, la deportacion de los sacerdotes á Cayena, su amontonamiento en los pontones, su sentencia de muerte, el martirio de un gran número de religiosos y religiosas, etc., etc. ¡Este es el ódio en su paroxismo más violento, el ódio verdaderamente infernal! «Sereis aborrecidos á causa de mi nombre.»

Avergonzado de sus excesos, el ódio filosófico y revolucionario ha resuelto ocultarse para herir con nuevos golpes, y ha organizado sociedades secretas, estando en primera línea la Francmasonería que, como un inmensa red, cubre no solamente la Europa, sino el mundo entero. ¡El número de las lógicas es de más de cinco mil! El de los compañeros es de ocho millones al menos por todos los países, de seiscientos mil en la sola Francia. Segun confesion de Proudhon, la Francmasonería es la negacion directa del elemento sobrenatural. Enemiga jurada de Dios y de la religion, tiene por objeto final excluirlos de la educacion, de las costumbres privadas y públicas, de la vida humana y de la muerte. Inicia en sus secretos hasta á las mujeres y las jóvenes y no teme decirlas cuando llega el momento: «La primera de vuestras obligaciones será irritar el pueblo contra los sacerdotes y los reyes; ¡trabajad por doquiera con esta intencion sacrosanta!» La Francmasonería solo sueña en el aniquilamiento de toda autoridad divina.

¡El ódio! Un ódio verdaderamente satánico he visto

puesto en práctica bajo todos los gobiernos que se han sucedido desde hace sesenta años.

Bajo la Restauracion.—Fuerza de ley dada á la declaracion del clero de Francia en 1682.—Violenta cólera suscitada por las leyes del sacrilegio y del descanso del domingo.—El desenfreno de la prensa liberal.—Ridículo arrojado incesantemente sobre el rey Carlos X. Oid estas pérdidas cancones del más popular de los poetas contemporáneos:

Aux pieds de prélats consus d'or
Charles dit son *Confitebr.*
On l'habille, on le baise, on l'huile,
Puis au bruit des hymnes sacrés
Il met la main sur l'Évangile,
Son confesseur lui dit: «Jurez»;
Oiseaux, oiseaux, votre maître a des maîtres!
Gardez bien, gardez bien votre liberté.

Combien d'imperceptibles êtres!
De petits Jésuites bilieux!
De milliers d'autres petits prêtres
Qui portent de petits bons dieux!
Beni par eux, tout dégénère,
Par eux la plus vieille des cours
N'est plus qu'un petit séminaire,
Mais les barbons regnent toujours.

A los piés de prelados cubiertos de oro dice Carlos su *Confiteor*. Le visten, le besan, le ungen, y luego al son de sagrados himnos, pone la mano sobre el Evangelio, y le dice el confesor: «Jurad.» «Pájaros, pájaros! nuestro amo tiene señores ¡guardad, guardad bien vuestra libertad.

«Cuántos séres imperceptibles! ¡Cuántos miseros biliosos Jesuitas! ¡Cuántos millares de otros insignificantes sacerdotes que llevan pequeñas formas! Por ellos bendecido, todo degenera; merced á ellos la más antigua de las córtes no es ya más que un pequeño seminario. Pero los vejarcones reinan siempre.

Los refranes impíos de la calle.—La efervescencia de la juventud de las escuelas.—Insultos á las sotanas que se muestran en los cursos y en las salas de la Sorbona.—Groseras injurias prodigadas al clero; ira furiosa contra la Congregacion, piadosa asociacion de jóvenes que animanse mutuamente al bien.—Decreto de clausura de los colegios de los Jesuitas, arrancado al Rey cristianísimo, que expiará su debilidad en el desierto en el que morirá.

Bajo la monarquía de Julio.—El noble y piadoso arzobispo de París, monseñor de Quélen, reducido á huir y ocultarse para escapar á la muerte.—El saqueo odioso y sacrilego de San German-l' Auxerrois.—El pillaje y la destruccion del palacio arzobispal.—La iglesia de Santa Genoveva arrebatada al culto y convertida en Panteon de los grandes hombres de Francia.—Proyecto de supresion de las escuelas de los hermanos pretendidos ignorantes.—Prohibicion de celebrar otras fiestas que las del Concordato.—Casamientos protestantes de las hijas del rey.—Autorizacion concedida al primado de las Galias de abrir su Iglesia francesa.—Inmenso desarrollo de las sociedades secretas.

Bajo el segundo imperio.—Ódio más disimulado, pero no menos activo.—Persecucion contra la prensa religiosa.—Hostilidad á las órdenes religiosas de enseñanza.—Ataques de los órganos del poder contra el clero y contra los hombres fieles á su conciencia y á la Iglesia.—La dispersion del Consejo superior de la obra de San Vicente de Paul.—Violacion de la obligacion solemne de hacer respetar el poder temporal del Papa.—Los franceses alistados al servicio del Papa amenazados en su nacionalidad.—El dinero de San Pedro denunciado como una obra mala.—Los destinos del papado tratados entre Francia y Piamonte sin el Papa.—La mision de defender al Jefe de la Iglesia confiada á su despojaador.—La caducidad del poder temporal del Papa realizada por la astucia y la mentira.—Desaprobaciones hipócritas inmediatamente seguidas del reconocimiento de los hechos consumados por

una política desleal y contraria á los intereses de Francia. —El progreso material animado sin límites.—El lujo tomando en todas las clases de la sociedad locas proporciones.—La inmoralidad resueltamente enseñada en los teatros.—El pernicioso drama de Galileo.—Escándalo de las fiestas paganas y bailes escotados del palacio de las Tullerías.

Bajo el Gobierno de la Comuna.—Excitado por la acogida demasiado solícita que el clero había hecho al imperio y al Emperador, el odio tomó su curso, y se lanzó de un salto á los excesos más irritantes. Comenzó por las profesiones de féateas: «Dios es la hipótesis; nosotros le concedemos su retiro... La generacion nueva no debe conocer ni Dios, que es el tirano, ni al sacerdote, que es el verdugo... Odio á Dios, al miserable Dios del sacerdote; y quisiera escalar el cielo como los Titanes y coserle á puñaladas.» Vienen en seguida los decretos de proscripción y confiscación.—La Iglesia es separada del Estado.—El presupuesto del culto es suprimido.—Los bienes de las congregaciones religiosas son declarados propiedades nacionales.—El arresto de los sacerdotes es decretado.—Las iglesias son transformadas en clubs.—En fin vienen las ejecuciones capitales. Las nobles víctimas, entre las cuales se cuentan monseñor Darboy y el abate Deguerry, son transportadas de la prision de Mazas á la prision de la Roquette en las furgones del camino de hierro, y en el tránsito oyense los salvajes gritos de: ¡Abajo los clerizotes! ¡Cortémoslos aquí en pedazos! ¡Hace diez y ocho siglos que estos miserables nos fastidian! etc., etc. Cuarenta y siete víctimas, diez de ellas sacerdotes ó religiosos, son conducidas de la Roquette á la calle de Haxo. A caballo, una cantinera vestida de rojo, batiendo el tambor, acompañada de una sonata de clarines, derramaba la embriaguez del ruido sobre sus cabezas ya enloquecidas por la borrachera del alcohol y de la sangre. La multitud armada empujaba á los rehenes, las mujeres les daban, á los sacerdotes sobredito, puñetazos... Exclamaban: Aquí, aquí,

es preciso matarlos aquí! No hubo uno que no quisiese herirlos á su vez, ladrar una injuria, lanzar su piedra. Cantaban, danzaban, aullaban... No había allí más que juguetes humanos que se iban á atormentar y locos furiosos incapaces de distinguir el bien del mal. La barrera del arrabal de Vincennes, calle de Haxo, 85, estaba cerrada: la empujan, la estrechan, la barrera cae; con un solo movimiento los rehenes fueron arrastrados al pié de un pequeño muro no acabado. La cantinera baja del caballo, corre hacia ellos y dá el primer golpe. Fueron al instante asaltados á balazos, á tiros de revólver y á sablazos. Federados, subidos á una muralla vecina, cantaban furiosamente y hacían fuego hacia abajo. La matanza no bastaba. Obligóse á los desgraciados á saltar por encima del muro. Tirábaseles al vuelo. Esto hacía reír. Los sacerdotes rehusaron saltar. Un federado los agarraba con sus brazos y los arrojaba por encima la muralla. Una postrera víctima estaba desvanecida; tomáronla por las piernas y los brazos; balanceóse un instante, y fué lanzado sobre los otros desgraciados. Entonces fué cuando se hizo á estas dulces víctimas del nombre de Jesús el honor de una descarga general. ¡Odio! odio satánico!

Bajo el cielo de plomo de la hora presente.—El odio prometido y predicho está cruelmente desencadenado por doquiera. En Francia, los hombres de Estado que se alaban de su moderacion no temen exclamar públicamente: «El enemigo es el clericalismo, el ultramontanismo. ¡El gran vencido de las elecciones es el clericalismo!» Pues bien, ya que, segun confesion de nuestros mismos enemigos, no hay ya en Francia galicanos, es por lo tanto el catolicismo el gran predestinado al odio, el que es blanco permanente de sus ataques. Y sin embargo el gobierno es el primero en repetir que no sufre en manera alguna la influencia de los clericales y de los curas (!!!) Al mismo tiempo, las sociedades secretas y sus órganos comienzan sus gritos de muerte: «Se os olvidaba casi, pero vosotros nos habeis probado demasiado que teneis la

vida dura como la víbora, que, cortada en pedazos, se agita todavía: se sabrá impedirlos que silbeis y mordáis. Habeis querido el combate, pues bien, estamos dispuestos á él.»

En Italia, el Papa despojado de todo lo que poseía, encerrado en el Vaticano bajo la protección de una ley de garantías, sacrilega é irrisoria, encuéntrase atado de piés y manos, entregado á los insultos y á las amenazas de los enemigos de la Iglesia. Las iglesias están confiscadas, las Congregaciones religiosas arrojadas de sus conventos y despojadas de sus bienes... En una palabra, por doquiera una persecucion no confesada, pero real y ardiente.

En Alemania, el odio es más frío, más sistemático, más filosófico, si se puede expresar así, pero más profundo y envenenado. Reposa sobre los principios de 1789, arreglados de tal modo que sea un combate á muerte el emprendido entre la Iglesia y el Estado moderno. «La Iglesia quiere hacer del Estado su gendarme; el Estado quiere y debe hacer de la Iglesia su pupila.» «Ningun miembro del Estado puede sustraerse á la obediencia á las leyes, dando por pretexto los dogmas y las constituciones de la Iglesia ó su conciencia. El Estado debe trabajar incesantemente á dominar la autoridad de la Iglesia, sobre todo de la Iglesia católica, institucion eminentemente peligrosa; debe además trabajar sin cesar para consolidar su propio poder.» Tal es el objeto de la lucha religiosa en Alemania. Los medios puestos en práctica para alcanzar este fin son de una violencia extrema: separacion de la Iglesia y del Estado, matrimonio civil obligatorio, registros civiles, leyes penales contra el abuso del púlpito, vigilancia de la educacion del clero, alta policia del Estado sobre la administracion de los bienes eclesiásticos, prohibicion de imponer penas eclesiásticas teniendo un efecto civil, presentacion de las ordenanzas eclesiásticas á la aprobacion del Estado, supresion y expulsion de la órden de los Jesuitas y de los otros religiosos no autorizados, apelacion de abuso contra la autoridad eclesiástica, emancipacion interior de la Iglesia, emancipacion exterior de los poderes

extraños. Esto es en el fondo imponer la abjuracion del dogma fundamental: «Creo en la Iglesia católica.» Esto es una profesion equivalente de ateismo. Tambien la persecucion sigue su camino. Destierro, aprisionamiento, multas, destituciones; todo puesto en práctica para realizar este plan infernal.

En Rusia, el odio se ha manifestado y se manifiesta todavía por malos tratamientos ejercidos contra los Griegos unidos ó Uniatos de Polonia. Poblaciones enteras de 10, 20, 40, 50 mil almas son arrancadas de sus hogares y enviadas al destierro, sin recursos, sin abrigo. Los sacerdotes ortodoxos son deportados á la Siberia y condenados á una miseria horrible. ¡Y el soberano que deja atormentar de este modo millares de súbditos inocentes y fieles, vá, á la cabeza de sus ejércitos, á pedir á Turquía la emancipacion de las poblaciones cristianas cismáticas! ¡Qué brillante cumplimiento de la increíble profecia: *Seréis aborrecidos á causa de mi nombre!* ¡Odio á los católicos, porque ellos solos son los discipulos declarados de Jesucristo!

En Inglaterra, es el mismo ódio, la misma conjuracion de los hombres de Estado y de los diarios contra la autoridad de la Iglesia católica y de la Santa Sede, único obstáculo invencible al desarrollo de la Reforma y de la Revolucion.

En Suiza, sobre la vieja tierra del honor y de la libertad, las iglesias católicas con sus prebisterios, los ornamentos necesarios al culto, en una palabra, con todo lo que constituia en otro tiempo la propiedad absoluta y sagrada de cien mil católicos de Jural y del canton de Ginebra, son entregadas á un puñado de sectarios ó, mejor dicho, intrusos sin ningun sentimiento religioso. Los párrocos legítimos son arrojados, desterrados, batidos como criminales y reemplazados, despues de aparentes ódios de eleccion popular, por miserables sacerdotes apóstatas italianos, alemanes ó franceses, que la vindicta pública persigue por todas partes. ¡Odio, ódio satánico é infernal, y al mismo tiempo esplendor, esplendor!

En Bélgica, es el odio abierto, ruidoso de la Francmasonería, de la prensa liberal, de las Universidades, pero con un refinamiento que es la obra maestra de Satanás. La Bélgica ha dado á luz al *Solidario*, esto es, al impío que rompe abierta y públicamente con la Iglesia de Jesucristo, que se obliga por juramento á no hacer bautizar sus hijos, á no poner jamás los pies en un templo consagrado á Dios, á casarse civilmente, á rechazar los últimos sacramentos. El solidarismo no es otra cosa que una profesión abierta de materialismo y ateísmo grosero, ó de un deísmo desligado de toda práctica religiosa. Es el ódio en su última etapa: «No se destruye á la Iglesia persiguiéndola ó discutiendo con ella; testigos Diocleciano y Voltaire. Pero cuando nadie ó casi nadie quiera su ministerio, será preciso que desaparezca. La religion cristiana descansa sobre dos fantasmas que espantan á los simples: el Juicio y el Infierno. El único medio de desembarazarse de este espantajo es quitar al sacerdote su confesionario é hisopo.» Tal es el lenguaje del solidario. ¡Y qué no se intenta para recordarle los sentimientos de la familia y las conveniencias que esta impone! Antes de ser padre, esposa, hermano, es solidario. Ha dado su fé, su bautismo, su alma, la religion de su madre, la salvacion eterna de sus hijos. Es más que ódio, es la rabia del condenado. Y en efecto «aque! que no cree en el Hijo de Dios está ya juzgado.» «No verá la vida, la cólera de Dios descansa sobre él.»

El odio fué solemnemente predicho bajo todas sus formas, y nosotros lo hemos encontrado por doquiera, en todos los tiempos, y en la hora presente más exasperado que nunca. El ódio en el que lo alimenta y da á conocer es el sello de la bestia; en la Iglesia católica y sus hijos es el sello de Dios. Los locos furiosos que nos aborrecen proclaman el origen divino de la Iglesia y la fé no menos divina de los odiados. Sin embargo, se tiene que cumplir una condicion indispensable para que el odio sea verdaderamente para la Iglesia la prenda de la victoria, y para nosotros el sello

de los elegidos. Es que no cesamos de ser corderos. «Tan-to tiempo como seamos corderos, decia san Juan Crisóstomo, esta boca de oro de la Iglesia, nosotros venceremos. Aun en el momento que tuviéramos en torno nuestro millares y millares de lobos, seriamos vencedores. Pero si nosotros mordiésemos á los que nos muerden, nuestros enemigos nos arrastrarian tras sí, porque no tendríamos ya el auxilio del pastor que apacienta no á lobos sino á corderos.»

«Seréis aborrecidos.» Y hemos sido aborrecidos. «Yo os envío como corderos en medio de lobos.» Y nosotros hemos sido corderos en medio de lobos. ¡Esplendor! ¡esplendor!

¡Cuán bellas y consoladoras son estas palabras del Principe de los apóstoles, y cuán aplicables son á los tiempos actuales! «Carísimos, no os sorprendais del fuego de la tribulacion, que sirve para probaros, como si os acaeciese alguna cosa de nuevo. Mas gozaos de ser participantes de la pasion de Cristo, para que os gocéis tambien trasportados de júbilo en la posesion de su gloria. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, bienaventurados seréis, porque entonces la gloria, la virtud y el espíritu de Dios reposan sobre vosotros. Pero ninguno de vosotros padezca como ladrón ó maldiciente ó codiciador de lo ajeno. Mas si padeciere como cristiano, no se avergüence: antes bien bendecid y glorificad á Dios.» ¡Esplendor!

Capítulo décimo tercero.—Noveno esplendor de la Fé.—
Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.—
(Math. xvi, 18).—Vino Jesús por Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos respondieron: Los unos que Juan Bautista, los otros que Elias, y los otros que uno de los profetas.—¿Y vosotros quién decís que soy yo? Simon Pedro tomando la palabra dijo: *¡Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo!* Y Jesús dirigiéndose á Pedro, le dice: «Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque

no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos.» Otra vez á las orillas del mar Tiberiades, Jesús resucitado despues de haber exigido de Pedro una triple profesion, no de fé, sino de amor, le dice: ¿Me amas, Pedro? Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas. Es decir, le establece por jefe supremo de su redil, de su reino, de su Iglesia... Así pues, Jesucristo declara abiertamente que edificará una Iglesia, que el fundamento y el jefe supremo de esta Iglesia, reino de Dios, su reino, su redil, será Simon Pedro; y que contra esta Iglesia edificada de este modo, las puertas del infierno, esto es, el reino y el rey del infierno, aunque indefinidamente conjurados contra ella, no prevalecerán jamás. Ved la profecía, el oráculo. ¿Se ha cumplido? ¿Jesucristo ha edificado una Iglesia cuyo jefe es Pedro? Incontestablemente. ¿El infierno se ha desencadenado incesantemente contra esta Iglesia de Pedro, católica, apostólica, romana, valiéndose de la Sinagoga, de los tiranos, del islamismo, del relajamiento de las costumbres, del cisma, de la Reforma, de la filosofía, de la Revolucion etc., etc.? Incontestablemente. Es la historia entera de la Iglesia. ¿Ha prevalecido el infierno? No evidentemente. La Iglesia ha salido triunfante de todas las conjuraciones que hubieran debido aniquilarla, si no hubiera sido divina, si, al mismo tiempo que Jesús decía á sus apóstoles: «Id, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á practicar todo lo que os he recomendado,» no hubiera añadido: «Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Yo estoy con vosotros enseñando, con vosotros bautizando, con vosotros enseñando á guardar los mandamientos, con vosotros ejerciendo un ministerio exterior visible, con

vosotros y con aquellos que os sucederán, con la sociedad reunida bajo su direccion, con su Iglesia hasta que el mundo tenga fin, todos los dias, sin interrupcion. Ved, pues, la profecía, ved el milagro y su cumplimiento.

PRIMERA TEMPESTAD.—*Conjuracion de la Sinagoga y de los judíos rebeldes.*—Cincuenta dias habian transcurrido desde que cargado con las maldiciones de todo un pueblo, Jesús habia espirado en los tormentos, que su cuerpo habia sido encerrado en el sepulcro y la piedra que le cubria sellada con el sello de la autoridad pública. Sus tímidos discípulos ocultos en el Cenáculo no osaban presentarse en público; su nombre no era ya pronunciado; sólo oíanse en Jerusalem las voces de sus enemigos, y no habia más poder que el suyo. De repente un grito de resurreccion resuena en la ciudad deicida: lenguas de fuego han aparecido; los apóstoles han salido de su retiro como hombres poseidos de un espíritu divino. Hablan todas las lenguas á la vez, predicán que el crucificado está vivo, que es el Mesías anunciado por los profetas. Brillan milagros autorizando sus palabras, y son creidos; los cómplices en la muerte del Salvador se convierten á millares; el pueblo precipitase en masa, siguiendo los pasos de los nuevos predicadores; la primera Iglesia cristiana se establece en Jerusalem, á la vista del Calvario; se establecen otras en toda la Judea; la Sinagoga estremécese en vano; turbada, desatinada, resiste algun tiempo, y presto cae; la ciudad y el templo caen con ella; el pueblo judío es dispersado por toda la tierra. ¿Qué victoria! ¿Hubo jamás otra más pronta y más maravillosa?

SEGUNDA TEMPESTAD.—*Conspiracion de los tiranos.*—Todo el mundo romano conjúrase contra doce pescadores de Genesaret, que han osado tomar sobre sus hombros la empresa de someter el universo á la ley de su divino Maestro. Todo el poder de los Césares, toda la autoridad del Senado, de los pontífices y de los magistrados, todos los prestigios de los falsos dioses, todo el arte de los escritores y de los sofistas, la fuerza de los ejércitos, el ódio ciego de los pueblos,

la crueldad de los verdugos, el horror de los suplicios y de las torturas; todo es empleado, todo es agotado, durante trescientos años, para ahogar la naciente religion y asegurar el triunfo de la idolatría. En fin, despues de tan largos y crueles esfuerzos, una postrera persecucion, más furiosa que todas las otras, parece haber cumplido el deseo de los perseguidores, gloríase de haber estinguido el cristianismo en las olas de sangre que ha vertido, y proclamase solemnemente que este culto abominado ha desaparecido de la tierra. Ved los fastuosos monumentos que andan solícitos en erigir para eternizar el recuerdo de tan memorable acontecimiento. Leed estas orgullosas inscripciones: «A Diocleciano, el nuevo Júpiter, y á Maximino, el nuevo Hércules, por haber por fin abolido el nombre cristiano, y destruido en el mundo entero la supersticion de Cristo: *Nomine Christianorum deleta...; superstitione Christi ubique deleta.* Apenas acabáronse estos monumentos cuando el jóven Constantino, todavía pagano, advertido por un ángel misterioso y por un signo celeste, despliega el estandarte de la cruz, entra vencedor en Roma y enarbola el signo de salvacion. El universo admirado es á pesar suyo cristiano. Allí perece el paganismo y su imperio que el impío Juliano se esforzará en levantar. La misma Roma pagana, la maravilla de las naciones y el centro de la idolatría, perecerá un siglo más tarde, y cederá su lugar á la Roma cristiana, que sera hasta el fin del tiempo la sede de la verdadera religion y la capital del mundo católico.

TERCERA TEMPESTAD. — *Conspiracion de las herejías y de los cismas.*— ¡Á qué extremo no se vió reducida la Iglesia, cuando, bajo los emperadores cristianos, divididos entre sí, pero unidos y animados de un mismo ódio contra ella, las herejías vinieron á desgarrar su seno y á arrancarle sus entrañas! Nestorianos, donatistas, pelagianos, maniqueos, iconoclastas, etc., etc., ¡qué terrible tempestad desencadenaron! qué turbacion y trastorno en el reino de Jesucristo! Por doquiera altar contra altar, púlpito

contra púlpito, pastor contra pastor, rebaño contra rebaño; el error sostenido por el poder público, hablando más alto que la verdad; concilios ortodoxos y conciliábulos enemigos de la verdadera fe; el Oriente y el Occidente divididos; el pueblo fiel andando incierto en esta luz mezclada con tantas tinieblas; el mundo expuesto á dormirse cristiano y á levantarse arriano. ¿Quién volverá á la verdad su oscurecido brillo? ¿Quién hará salir de nuevo otra vez del seno de las aguas la tierra casi sumergida y tragada? ¡Dios, que ha prometido á su Iglesia que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella! En efecto, á la voz de Dios, las espesas sombras de la mentira se disipan; los cismas y las herejías pasan, corren como torrentes, desaparecen. La Iglesia, siempre inquebrantable sobre la roca en que ha sido fundada, domina, de lo alto de la montaña santa, el océano de las pasiones y de los errores humanos, y vé perpétuamente venir á estrellarse á sus piés las olas que braman vanamente contra ella.

CUARTA TEMPESTAD. — *Conspiracion del Mahometismo.*— Mahoma continúa la obra de Arrio. Él tambien ataca á la divinidad de Jesucristo, no concediéndole otro título á la veneracion de los pueblos que el de Gran Profeta. Preséntase como enviado por Dios, y jura convertir el universo á su doctrina, mezclada de fanatismo austero y de misticismo voluptuoso, cuyo atractivo es impotente para realízar el sueño ambicioso del desconfiado hijo de Ismael. Buscará, pues, recursos en la fuerza brutal. El Islamismo ataca por todos lados á la vez á la cristiandad sorprendida de tanta audacia, pero de ningun modo inquieta por el resultado final. Los Mahometanos infestaron el Mediterráneo con flotas de corsarios; invadieron sucesivamente Cerdeña, Córcega, Sicilia, Calabria, España, Francia meridional, Hungría, Bohemia, Austria. Pero cuando el peligro llegó á ser extremo, el sucesor de Pedro hizo un llamamiento á los generosos sentimientos de la Europa católica y de los héroes cristianos. Carlos Martel, don Juan de Austria, Sobieski, vencedores en las célebres batallas

de Toledo, de Tours, de Lepanto, de Viena, detenían á estos furiosos enemigos en el momento en que les parecía estaban más cercanos de subyugar la Europa para sumirla de nuevo en la barbarie. Las Cruzadas por una parte, las conquistas de los Portugueses por otra, han quitado á esta potencia formidable los recursos del comercio y de las riquezas del Oriente; la han, en fin, reducido al grado de debilidad en que la vemos hoy, hasta que sea en fin arrojada más allá de los Balkanes, ó que se desplome sobre sí misma.

QUINTA TEMPESTAD.—*Conspiracion é invasion de los Bárbaros.*—En el siglo x la Iglesia tuvo que sufrir mucho de la ferocidad de los pueblos del Norte que ocuparon sucesivamente todas las provincias de la Europa occidental. Los Normandos, los Húngaros y otros pueblos salvajes recorrieron, empuñando el hierro, la Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y España, y causaron por doquiera males infinitos. Las ciudades fueron reducidas á cenizas, los monasterios saqueados y derribados, los estudios y las artes casi olvidados. La Iglesia tuvo bastante fortaleza, no solamente para curar las heridas que había recibido de mano de los bárbaros, sino para convertir y asimilar á sus nuevos perseguidores. Ha sido menester mucho tiempo para refrenar los excesos de su salvajez ordinaria, y para disipar la ignorancia que habían arrastrado consigo; pero en fin Dios ha hecho triunfar la Iglesia de la barbarie y de la ignorancia, como triunfó de las persecuciones y de las herejías.

SEXTA TEMPESTAD.—*Los escándalos de la edad de hierro.*—Los trastornos y la ignorancia introducidos por la invasion de los bárbaros produjeron el debilitamiento de la disciplina y la corrupcion de las costumbres; los escándalos multiplicábanse, las leyes más santas eran públicamente violadas; el concubinato y la simonía estaban en la órden del día; el mal había ganado hasta los primeros pastores, y la misma Roma no estaba exenta de ello. La Iglesia gemía al ver estos desórdenes, y esta prueba era

mil veces más dolorosa para ella que las persecuciones. Estos escándalos, en vez de debilitar nuestra fe, deben al contrario fortalecerla; porque jamás parece más sensible que es la mano de Dios la que sostiene la Iglesia y no la de los hombres. En medio de tantos desórdenes, la fe se mantuvo siempre pura; Dios no permitió que se diese en la enseñanza el menor golpe á los dogmas cristianos, ni á la creencia católica. La Iglesia jamás ha cesado de clamar contra los excesos y los abusos; renovaba en todos los Concilios las leyes de disciplina y esforzabase en restablecer su observancia. La divina Providencia suscitó santos ilustres que se opusieron con un celo indomable al torrente de las iniquidades. Las ciencias y las artes encontraron un asilo en el clero y los monasterios: las casas episcopales y religiosas convirtieron en escuelas públicas. Los clérigos y los monjes ocupáronse en copiar las obras antiguas que habían arrancado de las manos de los bárbaros. No solamente la tradición constante y seguida de las verdades que ordenan nuestra fe y nuestras costumbres, sino tambien el renacimiento de las letras, de las ciencias y bellas artes en Europa, fueron obra propia de la Iglesia católica.

SÉPTIMA TEMPESTAD.—*El gran cisma de Occidente.*—En el siglo xiv, desanimados por las guerras intestinas que desolaban la Italia, los soberanos Pontífices habían creído deber alejarse de Roma, y venir á fijar su residencia en Aviñon. No hay duda que esta mudanza fué muy fatal á la Iglesia; sin embargo permaneció siendo apostólica, una, visible, católica, romana... Pero á la muerte del papa Gregorio XI, los cardenales residentes en Roma, en número de diez y seis, creyéronse en derecho de reunirse en cónclave y eligieron papa á Urbano VI, italiano de nacimiento, prelado tan distinguido por sus virtudes como por su ciencia. Al mismo tiempo los cardenales de Aviñon escogían por papa á un francés, Clemente VII, que fijó su sede en Aviñon. ¿Cuál era el jefe legítimo de la Iglesia de Dios? Nadie lo sabía de una manera cierta; la duda, al contrario, ha-

bia llegado á ser tan grande, que viéronse santos y sabios personajes colocarse los unos bajo la obediencia de Urbano, y los otros bajo la de Clemente. Fué para la barca de Pedro una cruel tempestad, y el Señor parecía dormir todavía. Urbano y Clemente tuvieron muchos sucesores, convencidos todos de la legitimidad de su elección, y viendo en su rival un antipapa. Este rompimiento cruel duró treinta años. En vano el concilio de Pisa había depuesto los dos concurrentes de Roma y Aviñón; en vano procedió á la elección de Alejandro V; el cisma continuó. La obstinación de los elegidos, la rivalidad de los cardenales de las dos obediencias, los contrarios intereses de las coronas eran obstáculos invencibles para que se verificase la unidad. Pero la Iglesia tiene promesas, y Dios no la abandonó en este peligro extremo. Á despecho de todas las pasiones humanas, la unión se verificó en el Concilio general de Constanza; los pretendientes al papado abdicaron ó fueron depuestos, y Martin V, el nuevo elegido, fué universalmente reconocido por único y legítimo sucesor de san Pedro.

OCTAVA TEMPESTAD.—*Las violencias de la Reforma protestante.*—A pesar de tantas derrotas, el espíritu de tinieblas no se dió por vencido. Arrojó en el alma de un monje orgulloso y libertino el soplo de la sublevación. Lutero quemó las bulas del Papa en la plaza pública, protestando violentamente contra la autoridad del soberano Pontífice, y proclamó la doctrina del libre exámen. Esto era más que la negación de tal ó cual dogma, era la negación del principio mismo de autoridad, base de todos los dogmas. Esta emancipación de la razón tuvo eco en una multitud de almas impacientes desde hacia mucho tiempo al yugo, y la nueva religión, más ó menos profundamente modificada, hizo tan rápidos progresos, que en pocos años invadió una gran parte de Europa, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, casi toda la Alemania y Suiza rompieron los lazos que las unían á Roma. Las nuevas sectas no respetaban ni las leyes humanas, ni las divinas. Lutero había dicho

á su propio soberano: «Si me es permitido por amor á la libertad cristiana hollar los decretos del Papa y los cánones de los Concilios, ¿pensáis que yo respetaré bastante vuestras órdenes para considerarlas como leyes?» Ved cómo la Reforma se ha mostrado por doquiera violenta y sanguinaria. En Alemania, los luteranos formáronse en gavillas, levantaron ejércitos; llevaron el estrago en las provincias, quemaron las iglesias, destruyeron los castillos y los monasterios, mataron á los sacerdotes y los religiosos. En Inglaterra, ¡cuántos despojos y matanzas! cuánta sangre derramada también en nuestra pobre Francia, desgarrada durante tres largos reinados por facciones insurreccionadas, por guerras civiles, por numerosas batallas! Un discípulo de Lutero, Ecolampadio, decia algunos años después solamente que su maestro comenzó á predicar: «El Elba, con todas sus aguas, no podría administrar bastantes lágrimas para llorar los males que la Reforma ha hecho.» Estos males enormes han alcanzado sobre todo á la santa Iglesia contra la cual todas estas sectas, unidas ó divididas, amigas ó enemigas, se han conjurado; y sin embargo permanece en pié. Ha conservado seis grandes reinos, Francia, Italia, España, Portugal, Austria, Polonia; cuenta gran número de hijos fieles hasta en los reinos más infectados por la herejía; recobra cada día por numerosas conversiones, en Inglaterra sobre todo, mucho más del terreno que había perdido. Las conquistas de nuevos apóstoles le dan en China, Japon y las Indias, casi tantas almas como la Reforma le había hecho perder. Dos grandes acontecimientos, en fin, la feliz terminación del Concilio de Trento á pesar de todos los obstáculos suscitados por el espíritu del error y de la sublevación, y el impulso verdaderamente maravilloso de la nueva órden religiosa, la Compañía de Jesús, fundada por san Ignacio con el particular objeto de realzar la autoridad del Pontífice romano, acabaron por apaciguar las olas.

NOVENA TEMPESTAD.—*El desencadenamiento de la Filosofía del siglo XVIII.* La incredulidad del siglo XVIII, tan or-

gullosa de sus luces y de sus fuerzas amotinadas contra la Iglesia de Jesucristo, desplegó todas sus falanges, deistas, ateas, escépticas, materialistas de todos los países, de todas las sectas; colocólas bajo una misma bandera, la bandera del odio implacable contra el nombre católico. Formó un ejército innumerable con este solo grito de guerra: *¡Aplastad al infame!* Nada le detuvo; todo medio le pareció legítimo para destruir una religion que osa decirse verdadera y sola divina: la verdad y la mentira, la violencia y la perfidia, los respetos hipócritas y los desprecios insultantes, las máximas de la tolerancia y los furioses de la persecucion. Profetizó bien alto que la última hora del catolicismo había llegado; que la imperecedera Iglesia iba á caer inevitablemente bajo sus golpes. Arrastra á la multitud, no persuadiendo los espíritus, sino corrompiendo los corazones, adulando todas las pasiones, favoreciendo todos los vicios. Desoló á la Iglesia con numerosas defecciones; pero su fecundidad le dará nuevos hijos que enjugarán sus lágrimas. Los complots y los excesos de la filosofía han dejado en pié la Iglesia católica que pretendia aniquilar, pero que han minado la sociedad civil cuyos intereses afectaba defender. Ha acarreado la revolucion francesa, ha hecho verter mares de sangre y se ha inundado á sí misma en ella, mientras que la Iglesia católica ha salido de su doble lucha contra la incredulidad y la revolucion más triunfante que nunca.

DÉCIMA TEMPESTAD.—*Los excesos de la Revolucion francesa.*—Una generacion corrompida por la filosofía creyó que, una vez roto el yugo de la religion cristiana y católica, y una vez reconocida la razon del hombre por la única divinidad de la tierra, veríase renacer la edad de oro de las naciones iluminadas y libres. La religion fué proscrita, su culto y sus leyes abolidas, sus ministros perseguidos y exterminados como enemigos públicos; Dios no tuvo ya altares y la razon en delirio tuvo templos. Al instante en que fué pronunciado el divorcio entre el cielo y la tierra, vióse acontecer en el órden moral una cosa semejante

á lo que aconteceria en el órden de la naturaleza, si la lumbrera del día se extinguiese, y se confundiesen los elementos. Francia, convertida al cristianismo hacia quince siglos, se despeñó casi de repente de la cumbre de la civilizacion al fondo del precipicio de la barbarie; no hubo en ella ni decencia, ni cortesía, ni humanidad, ni forma de sociedad cualquiera. Sólo ofrecia la imágen del caos y del infierno, cuando los impíos, espantados de su propia obra, viendo que el abismo abierto iba á devorarlos á ellos mismos, desesperando de contener los impetus del torrente cuyos diques habian roto, llamaron en su auxilio á esta misma religion católica que habíanse esforzado en aniquilar, abrieron de nuevo con sus propias manos los templos de su Dios y dieron alguna libertad á su culto. Desde entonces los males disminuyeron, y los más incrédulos convencíronse de que el único medio de salvacion estaba en la reconciliacion de Francia con la Iglesia. Tambien, cuando un hombre salido de sus filas, y que despues llegó á ser tan famoso, subió al soberano poder, juzgó imposible dar á las leyes y á la autoridad un sólido fundamento sin recurrir á la Santa Sede apostólica, para restablecer las sillas legítimas de los obispos, dar pastores católicos á los pueblos y apoyar el órden público sobre la moral del Evangelio. ¡Qué homenaje rendido á esta Iglesia oprimida! qué solemne retractacion de tantas calumnias! qué confesion de la impotencia absoluta de conservar sin ella las costumbres, las virtudes sociales y la misma vida del cuerpo político! Y lo que no se podria todavía negar es que la vuelta de la religion de nuestros padres ha sido la época precisa de la resurreccion de las ciencias, de las letras, del comercio, de la industria, de las artes, por las cuales se manifiesta hoy tanto celo y que hubieran perecido con todo lo demás, bajo la dominacion del ateísmo.

Bajo otro punto de vista todavia, la Revolucion francesa fué para la santa Iglesia de Jesucristo el motivo de un brillante triunfo. Lo que la historia contaba de las crueles persecuciones de otro tiempo y del heroísmo de los

primeros fieles, era relegado por un mundo incrédulo á las exageraciones, á las fábulas. Y hé aqui que, cuando la Iglesia, en su pretendida vejez, fué llamada á sostener el más violento de los asaltos, pudo probar con brillo que el fuego sagrado que inflamaba á los mártires no estaba de ningun modo extinguido. Quisieron imponer al clero francés leyes que alteraban su constitucion divina y contradecian su fe. Teníase que prestar juramento ó exponerse á todos los efectos de la más implacable venganza. ¿Deberia un instante? Treinta obispos y enarenta mil sacerdotes, por negarse unánimes al perjurio, conságranse sin vacilar á todos los sacrificios, á todos los peligros y á las malanzas. En las prisiones, sobre los pontones, sus sepulcros flotantes, en los que sufren suplicios casi peores que la muerte, en los baños de Cayena, en los cadalsos, etc., no se les escapa un murmullo ó una queja. No hubo uno solo á quien la vista de la muerte arrancase un solo signo de debilidad, que espirando no hubiese renovado sus juramentos de fidelidad á su Dios y á la santa Iglesia de Jesucristo. ¡Triunfo y esplendor!

UNDÉCIMA TEMPESTAD.—*Los atentados del Directorio y del emperador Napoleon contra la Santa Sede.*—Dos veces, al principio de este siglo, el infierno dirigió todos sus esfuerzos contra la sede imperecedora de Pedro; glorióse de haberla abatido, y osó cantar su victoria contra el Cristo. ¡Pero su alegría fué corta, y por algunos milagros de su potestad, Dios levantó su trono apostólico, que creían destruido y reducido á polvo. Fué Dios evidentemente el que derribó en un momento al poderoso coloso que pesaba sobre el mundo entero, afirmándose más y más todos los dias, y ante el cual inclinábanse los cetros y las coronas. Fué Dios el que de repente hirió al capitan famoso, cuyas empresas, hábilmente concertadas hasta entones, habían sido siempre coronadas por el éxito. ¿Quién sino Dios venció por los solos elementos naturales á ejércitos juzgados invencibles, y dispersó por el solo sople del aquilon, como ligeras hojas, á estas innumerables legiones que parecian

destinadas á la conquista del universo? ¿Quién sino Dios, reuniendo en un mismo objeto y en un sentimiento comun de conservacion, á los soberanos de Estados tan separados por sus distintas miras, intereses, política, religion, reyes y príncipes venidos de todos los puntos de la tierra, aun herejes y cismáticos, en socorro del Jefe de la Iglesia, rompió con sus propias manos sus hierros, y los transportó, por decirlo así, en brazos á esta Roma, cuya autoridad y derechos combatian?

DUODÉCIMA TEMPESTAD.—*Las pretensiones y las audacias de la falsa ciencia y de la semi-ciencia.*—En el siglo XVIII y en los primeros años del XIX vídese formar una vasta coaliccion de sabios con el objeto de convencer á los escritores inspirados de ignorancia ó de impostura. Hombres presuntuosos se dividieron el dominio entero de las ciencias y se entregaron á gigantescos trabajos. Interrogaron los anales de las naciones, las leyes de la naturaleza, los cursos de los astros del firmamento, las revoluciones del globo, su superficie y sus entrañas, los movimientos de los mares y de los rios á la vez; hicieron un llamamiento á todos los seres animados é inanimados, al cielo, á la tierra, al Océano, al hombre con su razon y sus sentidos, á la filosofía con sus sutilezas y abstracciones, á la historia con sus hechos, sus datos y sus monumentos, etc., contra la veracidad de los Libros santos, anunciando cada dia descubrimientos nuevos y nuevos títulos de conviccion contra la revelacion divina, demostraciones siempre más evidentes de su incompatibilidad con los hechos más incontestables de la historia. El Egipto nos presentaba sus constelaciones grabadas en piedra; la India sus tablas cronológicas y astronómicas para dar mentis auténticos á la historia sagrada. El edificio de la fe parecia caer pedazo por pedazo y sepultarse bajo sus fundamentos. Admiróse que el mundo hubiese podido tomar tanto tiempo por verdades reveladas tan palpables errores; no se cesaba de publicar el mérito de hombres extraordinarios, cuyo génio y saber iban en fin á desengañar al género humano y á

sacar la razón de su larga infancia. ¿Pero qué ha acontecido? Las mismas investigaciones continuas, los mismos estudios más profundizados, han hecho reconocer que los mismos grandes hombres habían sido engañados por las más groseras ilusiones; sus invenciones y sistemas se han desvanecido como sueños y fantasmas; sus dificultades mejor examinadas se han convertido en pruebas de la religión que pretendían destruir. Los monumentos transportados desde tan lejos y con tantos gastos para rendir testimonio contra ella han depuesto en su favor; en fin los cálculos más justos y las más exactas observaciones han devuelto forzosamente á la Escritura santa sus orígenes, sus datos, su irrefragable autoridad, que gloriábanse de haber entregado á la irrisión para siempre. ¡Qué confusión para la falsa ciencia! ¡qué triunfo para la Iglesia! Está bien en su derecho, después de esto, de exclamar con el gran Apóstol: «Oh sabios, oh doctos, oh buscadores del siglo, ¿en qué os habeis convertido? *Ubi sapiens, ubi scriba, ubi conquistator hujus sæculi!* Dios ha perdido la sabiduría de los sabios, ha reprobado la ciencia de los más entendidos.» Este oráculo tan claro: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*, se ha cumplido, pues, de la manera más brillante. A él solo pertenece toda la historia, y ha llegado á ser un nuevo hecho inmenso que llena el mundo. ¡Luego la Iglesia de Jesucristo es divina! Y porque es divina, ha ido hasta aquí de triunfo en triunfo, y triunfará hasta el fin. El oráculo que se ha cumplido de una manera tan patente en lo pasado, se cumplirá de una manera más patente aún en lo porvenir. En el momento presente, las potestades del infierno están más desencadenadas que nunca contra la Iglesia de Pedro. Italia ha ejecutado sus órdenes, tiene el soberano Pontífice cautivo en el palacio del Vaticano, después de haberle despojado de todos sus recursos materiales, morales y espirituales. A Inglaterra se la ha denunciado como la implacable enemiga de las soberanías temporales. Francia ó al menos la mayoría legislativa de Francia señala al clericalismo,

al ultramontanismo, como el adversario mortal de la patria. Austria muestra á la luz del día sus desconfianzas, más pérdidas tal vez que una hostilidad abierta. Prusia exhala su odio por todas sus voces. Su mal genio, más fuerte ó no menos astuto que Juliano el Apóstata, que ha vencido la Dinamarca, el Austria y la Francia, declárase seguro de vencer á Roma á su vez. Cuenta las horas del papado. Sólo espera para borrarlo de la historia la muerte de Pio IX sucumbiendo bajo el peso de los años. Prusia é Italia, estrechad los tratados que os unen, concertad hábilmente vuestros designios, urdid profundas tramas, tomad infalibles medidas, profetizad bien alto que la Iglesia imperecedera de Pedro vá á caer inevitablemente bajo vuestros golpes. Vosotras seréis vencidas. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Jesucristo, el cordero leon, estará con ella hasta la consumación de los siglos. Y á la consumación de los siglos, la eterna separación de los elegidos y de los réprobos, la dicha eterna de los buenos, la desgracia eterna de los malos, serán para ella el triunfo de los triunfos, porque todos los elegidos serán sus hijos, todos los réprobos fueron sus enemigos, y ella será la Jerusalen celeste, la vision beatífica de la paz. ¡Pio IX ha muerto y Leon XIII reina!

Capítulo décimocuarto.—Décimo esplendor de la Fe.—Y cuando yo seré levantado de la tierra todo lo atraeré hacia mí.—(Juan, XII, 32).—Casi al principio de su vida pública, en la misteriosa conversación que tuvo con Nicodemo, príncipe de los judíos, Jesucristo le hizo esta extraordinaria revelación: «Del mismo modo que Moisés elevó la serpiente de bronce en el desierto, del mismo modo es preciso que el Hijo del hombre sea elevado y ofrecido á todas las miradas, á fin de que todo hombre que crea en él no perezca, sino que posea la vida eterna. Porque Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado su Hijo único, á fin de que ninguno de aquellos que creen en él perezca, sino que tenga la vida eterna..... Aquel que cree en él no será juzgado..... Aquel al contrario que no cree en él está ya